



Café madrileño, centro de la vida social

La indiferencia de Eva

Soledad Puértolas (1947–), born in Zaragoza, Spain, is one of a number of influential women writers who started publishing during the period immediately after Franco's death. This period was marked by radical social changes that affected politics and literature. New writers tackled subjects with a vigor and exuberance that questioned outdated values. Puértolas's early training was in journalism, followed by formal studies in literature that culminated with the M.A. degree in Spanish and Portuguese from the University of California, Santa Barbara, in 1975. She has written critical articles for various literary journals, and is recognized for her essays on Pío Baroja, a nineteenth-century regional Spanish writer, and a prologue to a book on the life of Isadora Duncan.

Her first novel, *El bandido doblemente armado*, published in 1980, brought her the **Premio Sésamo 1979**, a prestigious literary prize. It is a first-person narrative that shows Puértolas's predilection for complex and ambiguous characters and their relationships with one another. In 1982 she published *Una enfermedad moral*, a collection of short stories. As the title implies, these stories have in common the presentation of a moral problem. There is a mysterious quality about her work, which Puértolas has referred to as "**un mapa de huecos**" ("a map of holes"), a phrase that suggests a variety of interpretations.

In 1982, the short story "A través de las ondas" was included in *Doce relatos de mujeres*, an anthology of the best women writers of the period. This was followed by *Burdeos* (1986), a novel that treats the basic theme of the passing of time and how the main characters come to deal with solitude and impending death. Her latest novel, *Queda la noche* (1989), was awarded the **Planeta** prize

for that year. It is a sentimental novel of intrigue narrated in the first person with a heavy emphasis on cinematographic techniques. Gestures, glances, and apparently insignificant incidents in a person's life combine to form the rich tapestry of this complex novel governed by a deep sense of irony.

"La indiferencia de Eva" is part of the collection of stories published as *Una enfermedad moral*. As you read this story, try to focus on the dynamics of the situation presented between the two protagonists as they engage in a subtle game of seduction. Be aware of the sexual role each character plays as each is drawn towards an ending that seems to be inevitable, yet at the same time, open and ambiguous.

ANTES DE LEER

PALABRAS IMPORTANTES Y MODISMOS

abrirse paso	to make headway
acercarse a	to approach
consolidarse	to grow firm
costarle (ue) a alguien + infinitivo	to be difficult for someone to (do something)
dar la vuelta	to turn around
desorientar	to confuse
dirigirse a	to go toward
encogerse de hombros	to shrug one's shoulders
llegar a gustarle a alguien	to grow to like someone
tomarse la molestia	to bother, go to the trouble

La indiferencia de Eva



EVA NO ERA una mujer guapa. Nunca me llegó a gustar, pero en aquel primer momento, mientras atravesaba el umbral¹ de la puerta de mi despacho y se dirigía hacia mí, me horrorizó. Cabello corto y mal cortado, rostro exageradamente pálido, inexpressivo, figura nada esbelta y lo peor de todo para un hombre para quien las formas lo son todo: pésimo gusto en la ropa. Por si fuera poco, no fue capaz de percibir mi desaprobación.² No hizo nada por ganarme. Se sentó al otro lado de la mesa sin dirigirme siquiera una leve sonrisa, sacó unas gafas del bolsillo de su chaqueta y me miró a través de los cristales³ con una expresión de miopía mucho mayor que antes de ponérselas.

Dos días antes, me había hablado por teléfono. En tono firme y a una respetable velocidad me había puesto al tanto⁴ de sus intenciones: pretendía llevarme a

¹threshold ²Por... *If this were not enough, she couldn't perceive my disapproval.* ³lenses ⁴me... *she had brought me up to date*

la radio, donde dirigía un programa cultural de, al parecer, gran audiencia. Me aturden las personas muy activas y, si son mujeres, me irritan. Si son atractivas, me gustan.

15 —¿Bien?— pregunté yo, más agresivo que paciente.

Eva no se alteró.⁵ Suspiró profundamente, como invadida de un profundo desánimo. Dejó lentamente sobre la mesa un cuaderno de notas y me dirigió otra mirada con gran esfuerzo. Tal vez sus gafas no estaban graduadas⁶ adecuadamente y no me veía bien. Al fin, habló, pero su voz, tan terminante en el teléfono, se abría

20 ahora paso tan arduamente como su mirada, rodeada de puntos suspensivos. No parecía saber con certeza por qué se encontraba allí ni lo que iba a preguntarme. —Si a usted le parece —dijo al fin, después de una incoherente introducción que nos desorientó a los dos—, puede usted empezar a explicarme cómo surgió la idea de... —no pudo terminar la frase.

25 Me miró para que yo lo hiciera, sin ningún matiz de súplica en sus ojos. Esperaba, sencillamente, que yo le resolviera la papeleta.⁷

Me sentía tan ajeno y desinteresado como ella, pero hablé. Ella, que miraba de vez en cuando su cuaderno abierto, no tomó ninguna nota. Para terminar con aquella situación, propuse que realizáramos juntos un recorrido por la exposición, idea que, según me pareció apreciar, acogió con cierto alivio. Los visitantes de

30 aquella mañana eran, en su mayor parte, extranjeros, hecho que comenté a Eva. Ella ni siquiera se tomó la molestia de asentir. Casi me pareció que mi observación le había incomodado. Lo miraba todo sin verlo. Posaba levemente su mirada sobre las vitrinas,⁸ los mapas colgados en la pared, algunos cuadros ilustrativos que yo

35 había conseguido de importantes museos y alguna colección particular. Por primera vez desde la inauguración, la exposición me gustó. Me sentí orgulloso de mi labor y la consideré útil. Mi voz fue adquiriendo un tono de entusiasmo creciente y conforme su indiferencia se consolidaba, más crecía mi entusiasmo.⁹ Se había establecido una lucha. Me sentía superior a ella y deseaba abrumarla¹⁰ con

40 profusas explicaciones. Estaba decidido a que perdiese su precioso tiempo. El tiempo es siempre precioso para los periodistas. En realidad, así fue. La mañana había pasado. Lo advertí, satisfecho, pero Eva no se inmutó. Nunca se había inmutado. Con sus gafas de miope¹¹ a través de las cuales no debía de haberse filtrado ni una mínima parte de la información allí expuesta, me dijo, condescendiente y

45 remota: —Hoy ya no podremos realizar la entrevista. Será mejor que la dejemos para mañana. ¿Podría usted venir a la radio a la una?

En su tono de voz no se traslucía ningún rencor. Si acaso había algún desánimo,¹² era el mismo con el que se había presentado, casi dos horas antes, en mi

50 despacho. Su bloc de notas, abierto en sus manos, seguía en blanco.¹³ Las únicas y escasas preguntas que me había formulado no tenían respuesta. Preguntas que son

⁵no... *did not become angry* ⁶no... *were not the right prescription* ⁷Esperaba... *She was simply waiting for me to get her out of this jam.* ⁸display cases ⁹y... *the more her indifference grew, the more enthusiastic I became* ¹⁰to overwhelm her ¹¹Con... *With her glasses for nearsightedness* ¹²lack of enthusiasm ¹³Su... *Her notebook, opened in her hands, remained empty.*

al mismo tiempo una respuesta, que no esperan del interlocutor más que un desgano asentimiento.¹⁴

Y, por supuesto, ni una palabra sobre mi faceta de novelista. Acaso ella, una

55 periodista tan eficiente, lo ignoraba. Tal vez, incluso, pensaba que se trataba de una coincidencia. Mi nombre no es muy original y bien pudiera suceder que a ella no se le hubiese ocurrido relacionar mi persona con la del escritor que había publicado dos novelas de relativo éxito. Cuando Eva desapareció, experimenté cierto alivio. En seguida fui víctima de

60 un ataque de mal humor. Me había propuesto que ella perdiese su tiempo, pero era yo quien lo había perdido. Todavía conservaba parte del orgullo que me había invadido al contemplar de nuevo mi labor, pero ya lo sentía como un orgullo estéril, sin trascendencia. La exposición se desmontaría¹⁵ y mi pequeña gloria se esfumaría. Consideré la posibilidad de no acudir a la radio al día siguiente, pero,

65 desgraciadamente, me cuesta evadir un compromiso. Incluso llegué con puntualidad. Recorrí los pasillos laberínticos del edificio, pregunté varias veces por Eva y, al fin, di con ella. Por primera vez, sonrió. Su sonrisa no se dirigía a mí, sino a sí misma. No estaba contenta de verme, sino de verme allí. Se levantó de un salto, me tendió una mano que yo no recordaba haber

70 estrechado nunca y me presentó a dos compañeros que me acogieron con la mayor cordialidad, como si Eva les hubiera hablado mucho de mí. Uno de ellos, cuando Eva se dispuso a llevarme a la sala de grabación, me golpeó la espalda¹⁶ y pronunció una frase de ánimo.¹⁷ Yo no me había quejado, pero todo iba a salir bien. Tal vez había en mi rostro señales de estupefacción y desconcierto. Seguí a

75 Eva por un estrecho pasillo en el que nos cruzamos con gentes apresuradas y simpáticas, a las que Eva dedicó las frases ingeniosas, y nos introdujimos al fin en la cabina. En la habitación de al lado, que veíamos a través de un panel de cristal, cuatro técnicos, con los auriculares¹⁸ ajustados a la cabeza, estaban concentrados en su tarea. Al fin, todos nos miraron y uno de ellos habló a Eva. Había que probar

80 la voz. Eva, ignorándome, hizo las pruebas y, también ignorándome, hizo que yo las hiciera. Desde el otro lado del panel, los técnicos asintieron. Me sentí tremendamente solo con Eva. Ignoraba cómo se las iba a arreglar.¹⁹ Repentinamente, empezó a hablar. Su voz sonó fuerte, segura, llena de matices. Invadió la cabina y, lo más sorprendente de todo: hablando de mí. Mencionó la exposición, pero en seguida añadió que era mi labor lo que ella deseaba

85 destacar, aquel trabajo difícil, lento, apasionado. Un trabajo, dijo, que se correspondía con la forma en que yo construía mis novelas. Pues eso era yo, ante todo, un novelista excepcional. Fue tan calurosa, se mostró tan entendida, tan sensible, que mi voz, cuando ella formuló su primera pregunta, había quedado sepultada y

90 me costó trabajo sacarla de su abismo. Había tenido la absurda esperanza, la seguridad, de que ella seguiría hablando, con su maravillosa voz y sus maravillosas ideas. Torpemente, me expresé y hablé de las dificultades con que me había

¹⁴desgano... *reluctant agreement* ¹⁵se... *would be dismantled* ¹⁶me... *patted me on the back*

¹⁷una... *words of encouragement* ¹⁸los... *headsets* ¹⁹Ignoraba... *I didn't know how things were going to work out.*

encontrado al realizar la exposición, las dificultades de escribir una buena novela, las dificultades de compaginar un trabajo con otro. Las dificultades, en fin, de todo.

95 Me encontré lamentándome de mi vida entera, como si hubiera errado en mi camino²⁰ y ya fuera tarde para todo y, sin embargo, necesitara pregonarlo. Mientras Eva, feliz, pletórica,²¹ me ensalzaba²² y convertía en un héroe. Abominable. No su tarea, sino mi papel. ¿Cómo se las había arreglado para que yo jugara su juego con tanta precisión? A través de su voz, mis dudas se magnificaban y yo era mucho

100 menos aún de lo que era. Mediocre y quejumbroso. Pero la admiré. Había conocido a otros profesionales de la radio; ninguno como Eva. Hay casos en los que una persona nace con un destino determinado. Eva era uno de esos casos. La envidié. Si yo había nacido para algo, y algunas veces lo creía así, nunca con aquella certeza, esa entrega. Al fin, ella se despidió de sus oyentes, se despidió de mí, hizo

105 una señal de agradecimiento a sus compañeros del otro lado del cristal y salimos fuera.

En aquella ocasión no nos cruzamos con nadie. Eva avanzaba delante de mí, como si me hubiera olvidado, y volvimos a su oficina. Los compañeros que antes me habían obsequiado con frases alentadoras²³ se interesaron por el resultado de

110 la entrevista. Eva no se explayó. Yo me encogí de hombros, poseído por mi papel de escritor insatisfecho. Me miraron desconcertados mientras ignoraban a Eva, que se había sentado detrás de su mesa y, con las gafas puestas y un bolígrafo en la mano, revolvió papeles. Inicé un gesto de despedida, aunque esperaba que me sugirieran una visita al bar, como habitualmente sucede después de una entrevista.

115 Yo necesitaba esa copa. Pero nadie me la ofreció, de forma que me despedí tratando de ocultar mi malestar.

Era un día magnífico. La primavera estaba próxima. Pensé que los almendros ya habrían florecido y sentí la nostalgia de un viaje. Avanzar por una carretera respirando aire puro, olvidar el legado²⁴ del pasado que tan pacientemente yo había reunido y, al fin, permanecía demasiado remoto, dejar de preguntarme si yo ya

120 había escrito cuanto tenía que escribir y si llegaría a escribir algo más. Y, sobre todo, mandar a paseo a Eva.²⁵ La odiaba. El interés y ardor que mostraba no eran ciertos. Y ni siquiera tenía la seguridad de que fuese perfectamente estúpida o insensible. Era distinta a mí.

125 Crucé dos calles y recorrí dos manzanas hasta llegar a mi coche. Vi un bar a mi izquierda y decidí tomar la copa que no me habían ofrecido. El alcohol hace milagros en ocasiones así. Repentinamente, el mundo dio la vuelta. Yo era el único capaz de comprenderlo y de mostrarlo nuevamente a los ojos de los otros. Yo tenía las claves que los demás ignoraban. Habitualmente, era una carga, pero de pronto

130 cobraron esplendor. Yo no era el héroe que Eva, con tanto aplomo, había presentado a sus oyentes, pero la vida tenía, bajo aquel resplandor, un carácter heroico. Yo sería capaz de transmitirlo. Era mi ventaja sobre Eva. Miré la calle a través de la pared de cristal oscuro del bar. Aquellos transeúntes²⁶ se beneficiarían alguna vez

²⁰como... *as if I had made the wrong choices* ²¹excessive ²²me... *praised me* ²³frases... *encouraging words* ²⁴legacy ²⁵mandar... *to get rid of Eva* ²⁶passersby

de mi existencia, aunque ahora pasaran de largo, ignorándome. Pagué mi consumición y me dirigí a la puerta.

135 Eva, abstraída, se acercaba por la calzada.²⁷ En unos segundos se habría de cruzar conmigo. Hubiera podido detenerla, pero no lo hice. La miré cuando estuvo a mi altura. No estaba abstraída, estaba triste. Era una tristeza tremenda. La seguí. Ella también se dirigía hacia su coche, que, curiosamente, estaba aparcado a unos

140 metros por delante del mío. Se introdujo en él. Estaba ya decidido a abordarla,²⁸ pero ella, nada más sentarse frente al volante,²⁹ se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Era un llanto destemplado. Tenía que haberle sucedido algo horrible. Tal vez la habían amonestado y, dado el entusiasmo que ponía en su profesión, estaba rabiosa. No podía acercarme mientras ella continuara llorando, pero sentía

145 una extraordinaria curiosidad y esperé. Eva dejó de llorar. Se sonó estrepitosamente la nariz, sacudió su cabeza y puso en marcha el motor del coche. Miró hacia atrás, levantó los ojos, me vio.

Fui hacia ella. Tenía que haberme reconocido, porque ni siquiera había transcurrido una hora desde nuestro paso por la cabina, pero sus ojos permanecieron

150 vacíos unos segundos. Al fin, reaccionó:

—¿No tiene usted coche?— preguntó, como si ésa fuera la explicación de mi presencia allí.

Negué. Quería prolongar el encuentro.

—Yo puedo acercarle a su casa— se ofreció, en un tono que no era del todo

155 amable.

Pero yo acepté. Pasé por delante de su coche y me acomodé a su lado. Otra vez estábamos muy juntos, como en la cabina. Me preguntó dónde vivía y emprendió la marcha.³⁰ Como si el asunto le interesara, razonó en alta voz sobre cuál sería el itinerario más conveniente. Tal vez era otra de sus vocaciones. Le hice una

160 sugerencia, que ella desechó.

—¿Le ha sucedido algo?— irrumpí con malignidad. —Hace un momento estaba usted llorando.

Me lanzó una mirada de odio. Estábamos detenidos frente a un semáforo rojo. Con el freno echado, pisó el acelerador.

165 —Ha estado usted magnífica— seguí. —Es una entrevistadora excepcional. Parece saberlo todo. Para usted no hay secretos.

La luz roja dio paso a la luz verde y el coche arrancó. Fue una verdadera arrancada,³¹ que nos sacudió a los dos. Sin embargo, no me perdí su suspiro, largo y desesperado.

170 —Trazó usted un panorama tan completo y perfecto que yo no tenía nada que añadir.

—En ese caso —replicó suavemente, sin irritación y sin interés—, lo hice muy mal. Es el entrevistado quien debe hablar.

Era, pues, más inteligente de lo que parecía. A lo mejor, hasta era más inteligente que yo. Todo era posible. En aquel momento no me importaba. Deseaba

175

²⁷sidewalk ²⁸Estaba... *I had already decided to approach her* ²⁹steering wheel ³⁰emprendió... *she drove off* ³¹jolt

otra copa. Cuando el coche enfiló mi calle, se lo propuse. Ella aceptó acompañarme como quien se doblega a un insoslayable deber.³² Dijo:

—Ustedes, los novelistas, son todos iguales.

La frase no me gustó, pero tuvo la virtud de remitir a Eva al punto de partida.
180 Debía de haber entrevistado a muchos novelistas. Todos ellos bebían, todos le proponían tomar una copa juntos. Si ésa era su conclusión, tampoco me importaba. Cruzamos el umbral del bar y nos acercamos a la barra. Era la hora del almuerzo y estaba despoblado. El camarero me saludó y echó una ojeada a Eva, decepcionado. No era mi tipo, ni seguramente el suyo.

185 Eva se sentó en el taburete³³ y se llevó a los labios su vaso, que consumió con rapidez, como si deseara concluir aquel compromiso cuanto antes. Pero mi segunda copa me hizo mucho más feliz que la primera y ya tenía un objetivo ante el que no podía detenerme.

—¿Cómo se enteró usted de todo eso?— pregunté. —Tuve la sensación de que
190 cuando me visitó en la Biblioteca no me escuchaba.

A decir verdad, la locutora brillante e inteligente de hacía una hora me resultaba antipática y no me atraía en absoluto, pero aquella mujer que se había paseado entre los manuscritos que documentaban las empresas heroicas del siglo XVII con la misma atención con que hubiese examinado un campo yermo, me impresionaba.
195

—Soy una profesional— dijo, en el tono en que deben decirse esas cosas.

—Lo sé— admití. —Dígame, ¿por qué lloraba?

Eva sonrió a su vaso vacío. Volvió a ser la mujer de la Biblioteca.

—A veces lloro— dijo, como si aquello no tuviera ninguna importancia. —Ha
200 sido por algo insignificante. Ya se me ha pasado.

—No parece usted muy contenta— dije, aunque ella empezaba a estarlo.

Se encogió de hombros.

—Tome usted otra copa— sugerí, y llamé al camarero, que, con una seriedad desacostumbrada, me atendió.

205 Eva tomó su segunda copa más lentamente. Se apoyó en la barra con indolencia y sus ojos miopes se pusieron melancólicos. Me miró, al cabo de una pausa.

—¿Qué quieres?— dijo.

—¿No lo sabes?— pregunté.

—Todos los novelistas...— empezó, y extendió su mano.

210 Fue una caricia breve, casi maternal. Era imposible saber si Eva me deseaba. Era imposible saber nada de Eva. Pero cogí la mano que me había acariciado y ella no la apartó. El camarero me dedicó una mirada de censura. Cada vez me entendía menos. Pero Eva seguía siendo un enigma. Durante aquellos minutos —el bar vacío, las copas de nuevo llenas, nuestros cuerpos anhelantes— mi importante papel en el mundo se desvaneció. El resto de la historia fue vulgar.

DESPUÉS DE LEER

CUESTIONARIO

1. Describa la apariencia física de Eva.
2. ¿Por qué se había puesto Eva en contacto con el narrador?
3. ¿Cuál es la actitud del narrador hacia las personas en general, y las mujeres en particular?
4. ¿Cómo se comporta Eva durante la entrevista con el escritor?
5. ¿Por qué fracasa la primera entrevista?
6. Describa el comportamiento de Eva durante la segunda entrevista.
7. ¿Qué hace Eva después de la entrevista?
8. Describa su condición emotiva cuando llega a su coche.
9. ¿Cómo reacciona el escritor después de este encuentro?

ESTUDIO DE PALABRAS

Complete las oraciones con palabras o expresiones de **Palabras importantes y modismos**.

1. Eva era una chica que a mí nunca _____.
2. Su introducción nos _____ a los dos.
3. Cuanto más su indiferencia _____, más crecía mi entusiasmo.
4. No quería ir a la entrevista, pero me _____ evadir un compromiso.
5. Su sonrisa no _____ a mí, sino a sí misma.
6. Seguí a Eva y _____ entre gentes apresuradas.
7. Yo _____, poseído por mi papel de escritor insatisfecho.
8. Ella ni siquiera _____ de despedirse de nosotros.
9. Nosotros _____ a la barra con indolencia.
10. Yo _____, y en ese momento la vi entrar al café.

CONSIDERACIONES

1. ¿Por qué el hombre se fija principalmente en el aspecto físico de la mujer?
2. ¿Qué tipo de persona es Eva?
3. ¿Cómo caracteriza Ud. al narrador?
4. Describa detalladamente qué tipo de relaciones hay entre los dos protagonistas.

ANÁLISIS DEL TEXTO

1. ¿Cuáles son los recursos que se emplean para presentar la dinámica entre lo masculino y lo femenino en el texto?
2. ¿Cómo interpreta Ud. la actitud del narrador en el cuento?
3. Hay un juego de seducción en este cuento. ¿Quién seduce a quién? ¿Qué métodos emplean en este juego?

³²Ella... *She consented to accompany me like someone who submits to an inescapable duty.* ³³stool

-
4. ¿Cambian los personajes a través del cuento? Justifique su respuesta.
 5. ¿Cuáles son los símbolos que se utilizan en el cuento para dar énfasis a la dinámica de las relaciones entre los dos personajes? Muchos de ellos señalan una división espacial que alude a algo más complejo.
 6. ¿Qué opina Ud. del título del cuento?
 7. ¿Cómo interpreta Ud. el final del cuento, y especialmente las últimas palabras?

PERSPECTIVA PERSONAL

1. ¿Dónde se sitúa Ud. en el debate sobre el feminismo?
2. ¿Es éste un cuento feminista? Justifique su respuesta.
3. ¿Cree Ud. que la diferencia de sexo implica una interpretación distinta?
¿Cómo interpreta Ud. este cuento?

BIBLIOGRAFÍA

Tsuchiya, Akiko. "Language, Desire, and the Feminine Riddle in Soledad Puértolas's 'La indiferencia de Eva.'" *Revista de estudios hispánicos*, 25 (1991): 69–79.